

Un hombre con suerte

Lincoln Murray metió la panza hacia adentro, el subte iba repleto. Estaba haciendo un esfuerzo para que no tocara a la mujer joven frente a él, la del cuello perfumado. A los cincuenta y cinco años, Lincoln estaba acostumbrado a contenerse. Solo se relajaba en la privacidad de su casa, donde por fin soltaba el estómago y lo dejaba colgar laxo. Hasta hace poco, su mujer, Alexis, se burlaba de él, pero luego se acercaba para acariciarle la barriga y sanar su orgullo herido. Como el aroma de su mujer, el de la joven del subte le recordaba a un cítrico intenso. Si llegaba a rozarla con un dedo o algún otro accidente de ese tipo, conservaría su rastro por unas horas.

La cara de la joven era suave, de piel oscura y luminosa. Parecía unos años mayor que Tameka, la hija de Lincoln. Los auriculares blancos que llevaba en los oídos emitían un zumbido alto y constante y los cables que los conectaban a su teléfono estaban enredados en dos nudos. Había desayunado algún cereal saludable con leche de almendras, adivinó Lincoln, o quizás se había tomado el tiempo de prepararse un jugo fresco de espinaca, pepino y manzana. Y seguro lo había bebido vistiéndolo que usaba para dormir, algo amarillo, pálido, o de cualquier color primaveral, que flotaba suelto alrededor de sus muslos. Quizás tuviese un amante y se hubiese tomado el jugo esa mañana de pie en la cocina con una remera de él puesta.

Mientras el tren avanzaba, Lincoln se inclinó hacia delante para tratar de adivinar qué escuchaba la mujer. Su trabajo en la escuela Tilden, aun más que su relación con su hija, le daba una idea de lo que escuchaban los jóvenes. Lo único que notó fue que la voz era femenina. Se imaginó una de esas nuevas intérpretes de

soul con ropa decorosa y un pelo al natural, floreciente. A Alexis le gustaba verlas en la televisión. Esa idea hizo que le dirigiera una sonrisa a la mujer, un gesto automático, pero ella mantuvo los párpados entrecerrados, los ojos apagados en forma de medialuna y la atención en algún lugar más allá de él. El aire acondicionado del subte, defectuoso, silbaba al soplar aire tibio. El sudor asomaba en gotas ínfimas de la nariz de la mujer y le oscurecía la remera a la altura del pecho.

Iban en el último vagón, el que dejaría a Lincoln en las escaleras más próximas a la esquina de Broadway y la Noventa y Tres, a cinco cuadras de la escuela. La forma de conducir del maquinista hacía que ese último vagón se sintiera apenas adherido al resto del tren, casi desprendido de las vías. Mientras se acercaba a la estación Penn, tomaba curvas que Lincoln no había sentido en otros viajes, curvas que parecían de otra ruta y que hacían que los pasajeros se chocaran unos contra otros. A pesar de ello, todos evitaban el contacto visual, como suele hacer la gente en las ciudades.

Cuando las puertas se abrieron, la multitud se dispersó un poco y la mujer tomó uno de los asientos que acababan de liberarse. Lincoln quedó de pie frente a ella. Se agarró de un pasamanos y sacó el celular de su bolsillo izquierdo. Era un regalo de Alexis, que al dárselo le había dicho que ya no era divertido burlarse de su viejo teléfono con tapa. Lincoln era lento para seguir los avances de la tecnología. Sostuvo el teléfono cerca de su cara —Alexis también se burlaba de eso— y, aunque fuese simple y no hubiese nada que descifrar, leyó otra vez el mensaje que había recibido de su hija la noche anterior. Ya lo había leído varias veces. *Papi, mi ómnibus llega a la terminal de Aut Port mañana a las 4, decía. ¿Nos encontramos ahí? Tengo muchas ganas de verte.* Eso era todo. Tameka acababa de terminar el primer año en la universidad. Había conseguido un trabajo de verano en el campus, pero antes de empezar iba a estar en casa por un par de semanas.

Lincoln seguía sorprendido por la dulzura del mensaje. Habría apostado que Alexis ya la había puesto en contra de él. En su mente, ellas dos estaban siempre unidas. Incluso cuando su hija era una

niña y se portaba mal, Lincoln solía quedarse solo. En medio de los retos, siempre había un momento en que el enojo de su mujer se veía superado por algo más fuerte, algo que él percibía como un placer oculto y que la inclinaba a tomar partido por el gesto desafiante de Tameka. Luego, cuando hablaban en la cama antes de dormirse, Alexis decía que esa cualidad confrontativa era una especie de fortaleza que no debían desalentar tan pronto. Pero incluso antes de que dijera nada, Lincoln ya la había percibido ablandándose y pasándose al otro bando. Él lo sabía. Ella y su hija eran iguales.

La joven del subte también era así. Podía poner esas caras, pensó él. Si tenía un amante, seguramente lo mirara con esa expresión. Era algo similar a un ceño fruncido, y en las mujeres de cierta belleza es diferente, como si no tuviesen que justificar su uso: directamente asumen que tienen derecho a hacerlo. Igual que los niños ricos, muchos de los alumnos en Tilden, que crecen sin hacer demasiados esfuerzos en la vida pero a la vez demandan su parte, o incluso más de lo que les corresponde. Lincoln se imaginaba a la mujer fastidiada y quejándose por cualquier cosa o poniéndose ropa demasiado provocativa cuando salía a bailar con amigas. Podía verla siendo cruel e indiferente con su amante o haciendo cosas incluso peores. Su amante la perdonaría rápido, si no enseguida. ¿Pero por qué? El secreto debía estar en esa expresión, en la forma en que desgarraba su propia simetría, retorciendo esa belleza que ella misma daba por sentada. Era una especie de amenaza ante la que él se sentía tan débil como el amante de la mujer.

El tren salió de la estación de Times Square y se liberaron más asientos, pero Lincoln no le veía sentido a sentarse solo por dos estaciones. En una curva abrupta, el teléfono estuvo a punto de caérsele de las manos. Contento por haberlo atajado, lo sostuvo más alto que de costumbre y sonrió, presumiendo ante la mujer. Notó que tenían la misma funda protectora azul y entonces dijo: “Mira, qué casualidad”. Ella no respondió. Sin dejar de escuchar su música fuerte, soltó un bufido y se volvió hacia el asiento vacío a su izquierda, como compartiendo una mirada cómplice con una amiga. Al girar la cabeza otra vez, uno de sus aros, un hilo largo

y plateado, se enredó en espiral alrededor del cable blanco de sus auriculares para luego volver a desenrollarse. Lincoln fijó la atención en el teléfono mientras presionaba la pantalla con un dedo. La joven lo miró y entonces lo hizo. Tocó el botón que activaba la cámara y sacó una foto, sin sonido ni flash. Sacó una más y luego apretó con torpeza el botón que volvía la pantalla negra. Se metió el teléfono en el bolsillo y, sosteniéndolo con una mano, como si temiese que saltara, miró hacia arriba y se dedicó a estudiar con seriedad el poema impreso donde normalmente había publicidades. “Aquellos domingos de invierno”, leyó, pero no pudo ir más allá del título. Sentía los ojos de la mujer tratando de descifrarlo. Al pasar la estación de la calle Setenta y Siete, Lincoln se alejó de ella y se detuvo un momento frente a la puerta más cercana, luego fue hasta la del fondo. En el túnel, durante el último tramo hasta su estación, sintió las sacudidas del tren y se estremeció ante el vidrio rayado, absorbió en la oscuridad y ajeno a los haces de luz que veía pasar frente a él.

Aquella mañana las avenidas de la ciudad parecían cargadas de una energía febril. Luego de varias semanas de un clima decepcionante, llegaba por fin la primavera. Las nubes grises se habían disipado, dejaron un cielo claro y abierto y un esplendor que brillaba sobre los brazos y las piernas desnudas de los transeúntes. Lincoln se arremangó un poco la camisa y dejó las muñecas expuestas a la brisa tenue. Caminó hacia la escuela con la mano aún en el bolsillo, sosteniendo su teléfono. Al pasar junto a la Academia Goldfinch, la escuela de mujeres que obsesionaba a los chicos más grandes de Tilden, golpeó la ventana con los nudillos y saludó. Sidney era guardia de seguridad en Goldfinch desde hacía años, aun más que los dieciséis que llevaba Lincoln en Tilden. Estaba todavía más canoso que él. Cuando iban juntos a tomar unas cervezas, le gustaba usar la autoridad que le daban su antigüedad y sus canas para proclamar, con un fuerte acento creole, que los chicos de Tilden siempre habían preferido a las chicas de Goldfinch antes que a sus propias compañeras. Por algún motivo, Sidney se sentía orgulloso

de eso. Sus chicas eran más lindas, decía. Y más inteligentes. Un día que tomaron más cervezas que las que solían tomar, agregó que las chicas de Goldfinch eran más propensas a participar en las fiestas arcoiris. Lincoln había oído hablar de esas fiestas. Había escuchado cosas de los estudiantes, pero también de Alexis. Luego de pasarse de Goldfinch a Tilden, Tameka le había contado algunas cosas a su madre. Había dicho que esas fiestas eran “asquerosas”, y que iban más que nada las chicas blancas. Juró que ella nunca iba a ir. A pesar de eso, en aquella época, Lincoln se preguntaba qué habría hecho Tameka cuando la empezaron a dejar salir hasta tarde o quedarse a dormir en lo de sus amigas en la ciudad. Nunca había compartido esas inquietudes con su mujer.

Tilden era la segunda escuela privada más antigua de todo el país. Antes de entrar al edificio, a Lincoln le gustaba pasar frente a las puertas de la secundaria y apoyar la mano sobre la vieja piedra fundacional, aún fresca en la mañana. Los chicos lo llamaban por su nombre de pila y era casi popular entre ellos. Pasaron tres alumnos de primer año, ya escandalosos desde temprano, riéndose fuerte, con su desodorante y su transpiración joven, y lo saludaron chocándole la palma de la mano frente a la sala de recreo de los estudiantes. Por el pasillo, los chicos gritaban y las chicas inclinaban sus caras hacia las luces fluorescentes del techo.

Lincoln llegó hasta el mostrador de seguridad, adyacente a la sala de recreo, y James no se demoró ni un minuto en empezar a hablarle, como si hubiese estado en medio de una oración. Era más joven, aún soltero, y se arremangaba la camisa bien por arriba de los codos pálidos para mostrar sus antebrazos duros y el comienzo de la curva de sus bíceps. Movía su corbata azul de un lado a otro mientras hablaba de deportes o de su último triunfo sexual, en un lenguaje apenas codificado. Para Lincoln, James no alardeaba solo por diversión: realmente veía a las mujeres de esa forma. Mientras su compañero más joven seguía hablando, él tenía una mano en el bolsillo agarrando su teléfono y lo escuchaba a medias. Al sacarla, como siempre, se secó la humedad de la palma en los pantalones de su uniforme.

Poco después se tomó un descanso de los chistes burdos de James y de los estudiantes que tenían hora libre y lo mantenían cautivo en su puesto. Entró a una de las cabinas del baño de hombres más cercano y se quedó ahí sentado en el inodoro con los pantalones puestos. Deslizó el pulgar por la pantalla y miró con atención las fotos de la joven del subte. La primera imagen había salido borrosa, pero la segunda estaba clara: la boca rígida —ese gesto, el ceño fruncido— y la tensión en el arco de las fosas nasales. Sus aros habían atrapado la luz y eran como dos líneas que marcaban el calor a ambos lados de su mandíbula. Pero lo que desconcertó a Lincoln fue un hallazgo totalmente inesperado. Había sacado la foto en el instante justo en que la mujer miró hacia la cámara. Parecía haberla atravesado y estar observándolo desde la pantalla. Ninguna de las otras fotos de su teléfono era así. Ya había sacado unas setenta, más que nada de mujeres que parecían tener alrededor de veinte o treinta años, unas pocas de mediana edad, y en todas salvo en esa las caras miraban a un costado sin consciencia de estar siendo fotografiadas.

Dos alumnos entraron corriendo al baño y Lincoln guardó rápido su teléfono, como si la puerta de su cabina no estuviese cerrada y con la traba puesta. Mientras los chicos hablaban distraídamente en los mingitorios, él se quedó inmóvil. Alexis se había molestado al descubrir las fotos, pero ¿por qué? Eran solo fotos de caras, no de las otras. Sabía lo fácil que hubiese sido sacar una de esas, solo había que seguir a alguna chica universitaria que caminara por la calle bajo el sol tibio, con el pelo largo oscilando en una trenza y ropa de gimnasia ajustada al cuerpo, o ubicarse detrás de una joven con aspecto de recién casada mientras subía las escaleras del subte de modo femenino, con una mano delicada sosteniendo el dobladillo ondulante de su pollera contra la parte de atrás de sus muslos. Tameka decía que los chicos sacaban fotos de ese tipo todo el tiempo para después mandárselas entre ellos. Lo que él había hecho, o estaba haciendo, no era tan malo. Ni siquiera se acercaba.

Luego de que los dos adolescentes salieran del baño sin lavarse las manos, Lincoln se sintió incómodo en su cabina. Miró otra vez

la foto más reciente y trató de memorizar los detalles. Quizás fuese la que había estado buscando. Mientras recibiera a los visitantes y controlara sus identificaciones en la recepción, la imagen seguiría ahí, fija en su mente, y quizás llegara a entender el poder de una cara como esa.

No pasó mucho tiempo hasta que James preguntó por Alexis. No disimulaba en lo más mínimo el cariño que tenía por la esposa de Lincoln, y era la inspiración de muchos de sus chistes. Pronunció su nombre con familiaridad, casi con lascivia. A los cuarenta y seis años, diez más que James, Alexis podía llegar a parecer de la misma edad que él o incluso más joven. Se había ocupado de cuidar su apariencia, cosa que Lincoln no hacía. Se ejercitaba para tonificar los brazos y achatar la panza. La forma y amplitud de sus labios solo había mejorado con los años. Su cara seguía siendo suave, y estaba apenas marcada por unas líneas mínimas alrededor de los ojos que solo se notaban cuando se reía hasta olvidarse de sí misma. “Los negros no se rompen”, le gustaba decir. Cuando James se burlaba, ella era la inspiración y Lincoln el objetivo.

—Hace rato que no viene Lexi —dijo James.

Lincoln ya le había advertido que no la llamara de esa manera. Le parecía pornográfico, un nombre de stripper.

—Se fue a visitar a su familia a Richmond —respondió él, y eso era todo lo que estaba dispuesto a admitir. No estaba listo para decir en voz alta que Alexis quizás lo había dejado.

—Qué lástima —dijo James— extraño esas tortas que solía traer.

Lincoln cruzó las piernas a la altura de los tobillos y comenzó a golpear el anotador con el extremo redondeado de su bolígrafo.

—Cobertura de chocolate —dijo James mientras agitaba su corbata—. O de limón... de limón está bien, mejor que de vainilla, pero sabes que a nosotros lo que más nos gusta es ese chocolate.

Alexis era una de las dos personas que trabajaban en los archivos del Centro Schomburg en Harlem. A veces, los lunes, hacía un viaje corto en taxi hasta Tilden en la hora de almuerzo y llevaba postres de su pastelería favorita. Le gustaba mostrar su aprecio por los empleados de seguridad y mantenimiento. “La gente invisible”,

los llamaba. Le parecía que eran los únicos negros y mestizos de toda la escuela, y esa idea no distaba mucho de la realidad. Luego de que Tameka se pasara a Tilden en la secundaria, Alexis llegó a hacerse conocida entre la gente de administración. La veían como una agitadora por las iniciativas que intentaba llevar adelante, siempre relacionadas con la diversidad. Sus visitas de los lunes seguían generando inquietud —y no solo entre los hombres— pero nadie la había visto el último mes. El mismo lapso de tiempo que llevaba Lincoln sin verla ni hablar con ella. Antes de tomarse vacaciones para su viaje a Virginia, se había ido un tiempo a lo de su amiga Donna en Jersey.

—Imagino que la tienes bajo llave —dijo James—. No se puede culpar a un hombre por querer todas esas tortas para sí mismo.

Lincoln sonrió y trató de seguirle el juego, pero estuvo a punto de ceder a un impulso irresponsable. Para distraerse, pensó en la joven del subte, trató de recrear la imagen de ella con suficiente claridad como para detenerse en su contemplación.

—Solo le pido a Dios que la traigas a la fiesta de fin de año. En Navidad parecía una reina. Más fina que pelo de sapo, como dicen mis primos allá en casa. Al nivel de las bellezas de la semana de la revista *Jet*, sabes de qué hablo. Dile que le mando saludos, ¿sí?

Lincoln asintió imperceptiblemente, los golpes de su bolígrafo sobre el anotador se aceleraron. La cara de la mujer en su cabeza se fue difuminando hasta desaparecer.

—Ey, dile a sexy Lexi que le mando saludos, ¿ok? —insistió James.

Con la cara ardiendo, Lincoln le arrojó su lapicera. Un gesto torpe e impulsivo. El proyectil rebotó débilmente en el pecho de James.

—¿Qué te pasa, hermano? —dijo su compañero mientras se ponía de pie—. ¿Qué haces?

Unos estudiantes que pasaban se quedaron mirándolos en silencio.

—Me podrías haber sacado un ojo —siguió James. No era cierto, pero la tensión de la mandíbula y la inquietud de sus brazos decían que estaba listo para pelear.

Lincoln levantó el bolígrafo y lo sostuvo en el espacio entre sus rodillas haciéndola girar con los dedos.

—No hables así de mi mujer —dijo con calma.

La cara de James se suavizó, viró hacia una expresión confundida y luego considerada. Notó que los alumnos los miraban y les dijo que siguieran con lo suyo. Volvió a sentarse mientras los chicos se alejaban caminando.

—Vamos, amigo —le dijo a Lincoln, y le puso una mano en el hombro. Se inclinó hacia él y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Sabes que es una broma, jefe, nada más.

Lincoln respondió asintiendo, le pesaba la cabeza. Todo lo que estaba manteniendo a raya bajo la superficie de sus pensamientos se hundió a una profundidad irrevocable.

—Solo estoy celoso, jefe, ya lo sabes. Eres un hombre con suerte. Ojalá pudiese conseguir una mujer de esa calidad. Una buena mujer.

—Una buena mujer —repitió Lincoln—, pero... pero se fue.

James se mordió el labio y sacudió la cabeza lentamente, compadeciéndose como si Lincoln ya le hubiese explicado todo, o como si no hiciese falta que dijera más. *Los hombres son hombres y las mujeres son mujeres*, decía su gesto. Y eso era todo. Se puso de pie otra vez, los alumnos volvieron a mirarlos.

—Sé cómo se siente —murmuró.

Después se acercó y envolvió el cuerpo decaído de Lincoln con sus brazos poderosos. Lincoln se sintió contenido durante un rato.

Después de eso, James lo dejó en paz. Cada tanto, con camaradería, decía alguna vaguedad para expresar su apoyo. “Todo va a estar bien” o “ni te preocupes”. Insistía en ocuparse de todo. Saltaba para atender el teléfono, repartía pases a las visitas, firmaba cuando venía el hombre de UPS con algún paquete. También se ocupó de que los chicos que daban vueltas por la sala de recreo estuviesen bajo control. Pero si creía estar haciéndole un favor a Lincoln, se equivocaba. Sin nada que hacer, al más viejo de los dos no le quedó otra opción que confrontar la cara de su mujer, que lo acechaba como un espectro. Trató de leer en el *New York Times* un artículo sobre un hombre de Cleveland procesado por varios crímenes contra mujeres, pero no podía dejar de pensar en Alexis y en su cara.

Cuando Lincoln la conoció, veintidós años antes, los dos eran iguales. Su propio atractivo estaba a la altura de la belleza e inteligencia de Alexis y, más allá de la diferencia de edad, él tenía tanto que esperar de los años por venir como ella. Lincoln la había cortejado en Richmond con una pasión enraizada en su seguridad respecto de sí mismo. Había sido un buen estudiante, excelente en boxeo y en fútbol. Su vida había estado llena de premios, trofeos y becas. Había recibido la atención de varias mujeres y disfrutado de la calidez y el apoyo de muchos hombres. Solía preguntarse qué le depararía la vida, pero cuando trataba de visualizar ese futuro no lograba hacerlo: sus contornos se fundían en la luz circundante. Con ella había sido igual. Aunque con otras chicas pudiera quedarse para siempre deleitándose en la forma de unas piernas resplandecientes en medias de seda, o en una mano tímida y temblorosa retirándose, o en la imagen fugaz de la punta de una lengua en una boca riéndose, mirar a Alexis Campbell era como mirar el sol. Luego de un momento, tenía que desviar los ojos. En Garfield, el bar, solía hablarle a sus amigos de cuánto dolía mirarla. Ellos le daban la razón, pero confundían sus palabras con las hipérbolas que usaban al hablar de otras mujeres. Una de esas noches en Garfield, a Lincoln se le cruzó la idea fugaz de que el amor era dolor.

Su padre, que solía dispensar sabiduría mientras se frotaba las rodillas o ponía los pies en remojo, le decía siempre que *mejor no*. Mejor no te dejes atontar por la delgadez de la cintura de una mujer o por la redondez de su trasero. No si estás pensando en casarte con ella. Si tu corazón y tu mente se inclinan en esa dirección, decía, lo que *tienes que hacer* es echarle una mirada a su madre, porque en eso se va a convertir. Era sabiduría popular —oída con la misma frecuencia que “Stand by your man”¹ y Lincoln la tomaba en serio. Él iba a triunfar en lo que su padre, durante muchos años un hombre solitario, había fracasado.

1 Canción de country compuesta por Tammy Wynette y Billy Sherrill, lanzada como single de Wynette en 1968, interpretada luego por varios artistas (N. del T.).

Aún recordaba su preocupación en aquel momento, cuando viajó con Alexis a conocer a la Sra. Campbell. A pesar de la chica amorosa y brillante que iba sentada a su lado, no esperaba mucho de una viuda que vivía en un pueblito llamado Hobson, sin gobierno municipal siquiera.

—¿Cómo era que se llamaba el arroyo? —preguntó en el auto.

—Chuckatuck —respondió ella entre risas—. Y el río del otro lado es el Nansemon —agregó—. Bautizado así por una tribu de indios. Después está la ensenada de Nix. Buena pesca.

Todo lo que podía hacer Lincoln era sacudir la cabeza. Cuando llegaron a Hobson, había varios hombres en el frente de la casa de la Sra. Campbell, ninguno adentro. Luego, durante la visita, él tuvo que salir de vez en cuando para sentarse afuera con ellos. Los hombres de cierto tipo solo pueden soportar una determinada cantidad de luz. Quizás fuese exagerado decir que la Sra. Campbell era incluso más linda que su hija, pero Lincoln no podía determinarlo porque sus ojos se habían negado a fijarse en ella. Sentado afuera con los hombres, soplando el vapor de su taza de café mientras los demás soplaban el de las suyas, supo que tenía algo en común con ellos: una pequeña parte de él se había enamorado de la viuda. Los otros hombres y él compartieron esa aflicción, pero sin siquiera mencionarla; por lo que recordaba, nadie había dicho ni una palabra. Era mejor no hablar que mentir. En el viaje de regreso, incluso antes de pasar por la ciudad de Newport News, Lincoln decidió que tenía que casarse con la hija de la Sra. Campbell.

James se mantenía ocupado en el mostrador de seguridad haciendo el trabajo de ambos mientras Lincoln lo miraba desde su silla con la barriga caída sobre el regazo. Sintió una especie de conexión con él, una sensación de gratitud que ya le era familiar. Pero estaba cansado de decir gracias. Cuando se comprometió con Alexis, y durante los primeros años de matrimonio, sus amigos se la pasaban hablando de la suerte que tenía. Lo decían en broma. Lincoln decía gracias, como si estuviera de acuerdo con ellos; y les contaba lo agradecido que estaba de tener a Alexis, pero no era cierto. Él la merecía: creía en eso, y sabía que sus amigos creían lo

mismo. Un hombre de cierto tipo debía obtener lo que merecía, y si un hombre como él no podía conseguir a una mujer como ella, entonces había algo que estaba muy mal en el mundo.

James sacaba las hojas marchitas del ficus, algo que él nunca había hecho. ¿Habrían dicho los amigos de Alexis que *ella* tenía suerte? Lincoln solía preguntárselo. ¿Se lo habría dicho Donna? ¿Le habría dicho su madre que agradeciera por tener a un hombre como él? Quizás se lo estuviese diciendo en ese instante mientras elegían ciruelas y damascos en el mercado de frutas o mientras se sentaban en el frente de la casa a sacar arvejas de sus vainas. Seguramente pensar así fuera una tontería, como cuando imaginaba que Tameka se la pasaba rompiendo el corazón de cada chico ansioso de Georgetown que no fuese como su padre. Lincoln entendía que eso había sido siempre parte de la imagen que tenía de sí mismo, tener hijos que lo adoraran: un hijo que sintiese veneración por él y quisiera imitarlo, una hija para quien ningún hombre estuviese a la altura de su padre. Esas eran algunas de las cosas que no había llegado a ver antes de casarse. Pero no hubo ningún hijo varón, y los años de la vida de Tameka habían ido marcando su decadencia.

Ella creció siendo testigo de eso. Todo había fallado, desde las apuestas profesionales a los gimnasios de boxeo hasta los intentos de ser entrenador y manager de otros. Su encanto y prestigio ya no le abrían puertas, en Nueva York nadie conocía su reputación. Tenía suerte de haber conseguido el trabajo en Tilden, lo sabía, un trabajo fijo y respetable, pero las cosas ya no eran como en la época en que él y su mujer se merecían el uno al otro. El tiempo no los había tratado de la misma manera. ¿Por qué esperar otra cosa, de todas formas? Entre dos personas, siempre hay una que recibe la peor parte, y el tiempo, a Lincoln, le había dado muchos más golpes que los que había visto en cualquier paliza sobre un ring. Se sentía humillado. ¿Qué pensaría ella? Alexis había sido siempre amable y no había dejado nunca de apoyarlo, pero debía tener ideas que se guardaba para sí misma. Un matrimonio largo forzaba a cualquiera a ser testigo o a padecer una humillación así.

Lincoln se preguntó, y no por primera vez, si no era exactamente eso lo que significaba estar casado.

Frente al mostrador principal, James llevó al jefe de seguridad a un costado. Lincoln no llegaba a oír lo que decían, pero la discusión parecía seria. Se acercó, pero el director lo detuvo en seco mostrándole la palma de su mano huesuda. Luego la cerró en un puño y la dejó caer. Lincoln regresó a su silla.

Algún día, la belleza de Alexis iba a empezar a decaer. Las arrugas le surcarían la cara, la piel se afinaría y empezaría a aflojarse, se formarían bolsas debajo de sus ojos; quizás una papada bajo la mandíbula, como la de él. Su mente también empezaría a perderse y a debilitarse. Todo se rompe, eventualmente. ¿Pero cuándo? ¿Por cuánto tiempo más sería él afortunado por tenerla a ella? ¿Cuánto faltaba para que pudiese tenerla otra vez, sin más? Incluso después de todos esos años, aún añoraba la suavidad de su piel, aún tenía el deseo de poner su mejilla contra la de ella y respirar en su pelo, de hablarle al oído con su aliento tibio; ese sentimiento no se había atenuado. Todavía tenía esos apetitos, y ella también. Pero además quería morderla y marcar su cara con el filo de los dientes, dejar la primera grieta. Cuando uno se siente tironeado por deseos contrapuestos, en general no hace nada. Entonces él pasaba las noches y los fines de semana sentado en su casa como un niño casto, cautivado por cada uno de sus gestos. No quería perderla.

Pero Lincoln era un hombre con suerte, sí, seguía siéndolo, James lo había dicho y era cierto. La buena fortuna, sin embargo, puede cambiar en un instante, o tal vez nunca, y no hay nada que uno pueda hacer al respecto. Por años, la suerte lo había seguido con perseverancia. Volvía del trabajo a casa con él, vivía con su familia, reclamaba un espacio entre él y su esposa en la cama. Ella conservaba su luz pero él tenía su suerte. Si la suerte lo dejaba, ella también se iría. Nadie podría culparla. Ni Donna ni sus otras amigas, ni su madre, ni su hija. Ni James, que quizás se hubiese equivocado: tal vez la suerte había abandonado a Lincoln, después

de todo su mujer se había ido, al menos por el momento. O quizás fuese Lincoln quien se estaba equivocando, quizás desplomado sobre la silla frente a su escritorio, incapaz de juntar la fuerza necesaria para sostener la barriga, se había quedado a solas con su suerte.

El director de seguridad se acercó con James sonriendo a su lado.

—Escúchame —dijo— ¿por qué no te vas más temprano?

—Pero estoy bien —respondió Lincoln—. No hay problema.

—Déjate de joder. Hace días que pareces un despojo.

Algunos de los estudiantes que pasaban se rieron.

—En este equipo nos cuidamos entre nosotros. —Miró a James y asintió, luego fijó sus ojos gris claro de nuevo en Lincoln.

El director era un hombre fornido, había sido soldado y luego policía. Tenía una cara dura y pálida que en invierno se brotaba de rojo. Cuando entró a trabajar, Lincoln tuvo la impresión de que aún estaba aprendiendo a ser amable otra vez. Su voz, ahora, empezaba a tensarse, no le gustaba que rechazaran sus gestos de bondad. Sin saber qué otra cosa decir, Lincoln le dio las gracias, pero el director lo ignoró.

—Tomate también mañana —dijo—. Un par de días, si es necesario. No te preocupes. El equipo se va a acomodar para cubrirte. Podemos arreglarnos sin ti.

Lincoln pasó un rato largo ojeando la correspondencia y moviendo cosas al azar sobre su escritorio. Como el director de seguridad estaba en una reunión, se quedó hasta el horario de salida para que la ola de estudiantes lo arrastrara fuera del edificio. En la calle, miró un par de veces hacia atrás, a través de las puertas de vidrio, desde donde James lo saludaba y hacía gestos para indicarle que se fuera. Las tres divisiones de la escuela inundaron la vereda y las camionetas que venían a buscarlos empezaron a formar fila junto al cordón. Mientras se acercaba a la Avenida Columbus pasando frente a la primaria y el jardín de infantes, los edificios más modernos de Tilden, Lincoln tenía que ir con cuidado para no llevarse por delante a los alumnos más jóvenes. Las cuadras

siguientes iban a ser iguales, los chicos de Tilden, Goldfinch y las otras dos escuelas del barrio solían salir al mismo tiempo.

Pensó en golpear la ventana en Goldfinch, pero haberse ido temprano no era algo de lo que pudiese presumir. De todas formas, Sidney parecía ocupado lidiando con las niñas, sus madres y sus niñeras. Lincoln avanzaba lento por la vereda entre una avenida a la otra, pero no quería cruzar la calle ni cambiar la ruta que solía tomar hacia la estación de subte. Las voces de las chicas se elevaban en el aire con entusiasmo. Oírlas lo reconfortaba. Había hecho esa caminata muchas veces para buscar a Tameka a la hora de salida, hasta que su hija fue lo suficientemente grande para cruzar la calle sola. Nunca le gustó que él le agarrara la mano y solía soltarse en el instante en que pisaban la vereda.

El uniforme que usaban las chicas no había cambiado mucho con los años. Los jumpers tenían un tono de azul más oscuro y el cuello de las camisas era redondo, fuera de eso eran iguales. Aunque hubiesen envejecido, aún había caras familiares entre las niñeras. Lincoln intercambió sonrisas y saludos con la cabeza incluso con aquellas a quienes no reconocía. Un grupo de alumnos de secundaria, algunos de Tilden, pasó zigzagueando entre la multitud. Un chico le gritó algo sobre el fin de semana siguiente a una chica asiática y alta. Para Lincoln, el fin de semana estaba muy lejos. Estaba disfrutando ese momento y no quería que terminase. Mientras miraba alrededor, de pie entre la gente, sintió un temblor en el cuerpo, pero no era más que la vibración del teléfono en su bolsillo. Un par de chicas de primaria se empujaban entre ellas al lado suyo, así que se movió hacia un sector libre en la esquina y levantó el teléfono hasta a sus ojos. En la pantalla había un mensaje de Tameka: su ómnibus iba a llegar media hora antes. Lincoln dio un par de pasos sin rumbo mientras escribía la respuesta pero se detuvo porque apretaba las letras incorrectas una y otra vez. Caminó un par de metros más y frenó de nuevo para corregir otro error. “Dios, ten piedad”, murmuró. Tanto lío por una respuesta simple: *Ok, genial. Te veo pronto*. Se detuvo una tercera vez, se dio vuelta para disculparse

a quien fuese que lo había chocado desde atrás y buscó el botón para borrar.

—¿Qué está haciendo? —dijo alguien.

Lincoln dio un par de pasos más, luego frenó.

—Le pregunté *qué está haciendo*. —Era la voz chillona de una mujer.

Lincoln se dio por vencido, estaba a punto de mandar el mensaje sin corregirlo.

—¿Está sacando fotos?

Una mujer blanca y joven, no mayor de treinta, entró por la derecha a su campo visual. Sus labios estaban apretados con fuerza, casi invisibles, una línea corta como un tajo en la cara. Con un gesto violento, se acomodó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿Está sacando fotos a las niñas? —Le estaba hablando a él.

Lincoln entró en pánico.

—¿Qué niñas? No.

—Pero lo *vi*. Lo vi haciéndolo —dijo la mujer, con la voz más alta que antes.

Se refería a las niñas que los rodeaban, las de Goldfinch. Para evitar mirarla a los ojos, se quedó un momento observando el mechón de canas prematuras que asomaban en la sien de la mujer.

—¿Yo?

—¡Lo estuve mirando todo el tiempo!

—¿Cree que *yo* estaba sacando fotos?

—¡De las niñas!

Los ojos de las otras mujeres, madres blancas reunidas en grupos con las niñeras, se fijaron en ellos. Una paloma pasó planeando y dibujó un arco sobre sus cabezas. El entusiasmo de las voces de las niñas seguía oyéndose, pero más bajo, algunas prestaban atención al altercado.

Sin pensar, Lincoln dijo:

—Señora, mi hija fue a esta escuela. Yo trabajo acá.

—No lo vi nunca.

—Quiero decir que trabajo en la escuela de la otra cuadra.

—¿Qué escuela?

—*Tilden*.

—¿Por qué estaba sacando fotos de las niñas? —insistió la mujer.

—Pero no estaba...

—Muéstreme su teléfono.

—Está loca.

—Escuchó lo que dije. ¡Démelo!

Lincoln se oyó a sí mismo gritando.

—¿Quién se cree que es? ¿Qué le da derecho a...?

—Estoy protegiendo a las niñas pequeñas de monstruos como usted.

—Usted no sabe nada de mí.

—No quiero saber nada —dijo ella, y él dio unos pasos hacia atrás—. ¡Pervertido!

Cuando ella sacó su propio teléfono, Lincoln se alejó más rápido, chocándose con varias personas antes de doblar en la esquina de Broadway.

Durante las primeras quince cuadras, se daba vuelta constantemente para mirar hacia atrás. Aunque supo enseguida que la mujer ya no podía verlo, si es que lo había seguido, quería alejarse lo más posible. Su voz seguía sonando en los oídos de Lincoln. Lo que había dicho era completamente falso, una acusación delirante y brusca, palabras hirientes y arrojadas a ciegas. Pero él sabía, también, que cargaba con una gran culpa por algo que no podía defender.

Lincoln caminó sin rumbo. Doblaba al azar pero en general mantenía la dirección sur, siguiendo el trazado de la ciudad. *Un monstruo*, lo había llamado la mujer blanca. *Un pervertido*. Bajo los toldos de las tiendas, en las escaleras de las iglesias, contra la vidriera empapelada con diarios de algún restaurante cerrado, Lincoln se detenía y borraba una foto de su teléfono. De repente estaba dispuesto a hacer lo que ese mismo día más temprano le había resultado impensable; aunque hacerlo, en realidad, no tuviese nada que ver con su voluntad.

Para el momento en que Alexis descubrió las fotos, había alrededor de treinta. No estaba claro desde cuándo lo sabía, pero

teniendo en cuenta el cambio en su comportamiento debían ser unos días, por lo menos. Volvía a casa una hora y media después que él, como siempre, y lo miraba sin decir una palabra. Llevaba comida china o thai para cenar y le dejaba un poco en la cocina, ella comía sola en la habitación con la puerta cerrada. A la noche se daba largos baños, a pesar de haberse duchado por la mañana. Tras un par de días cargados de ansiedad, Lincoln llegó una tarde y encontró una carta de ella escrita en una hoja con el membrete de Schomburg. A pesar de todo lo que decía, la letra de Alexis tenía precisión caligráfica: los floreos hacia arriba al final de cada palabra, la contundencia de las formas cerradas. Le avisaba que se iba a quedar en lo de Donna, pero no mencionaba explícitamente las fotos. *Si alguna vez quieres hablar conmigo, intentar explicarte, quizás esté dispuesta a escuchar.* Cada vez que se detenía en la calle a borrar una foto de su teléfono, Lincoln se quedaba un momento mirándola, como si las imágenes pudieran fortalecerlo ante la conversación que debía tener con su mujer, como si de repente pudiese descubrir en ellas algo que hasta el momento había pasado por alto.

Había recibido la noticia del viaje de Alexis a Virginia por medio de un llamado telefónico. Ese día, Lincoln vio que su teléfono sonaba, las dos veces, pero tuvo miedo de atender. Finalmente, a la noche, Donna le dejó un mensaje diciendo que Alexis iba a quedarse con su madre y que Tameka sabía que estaba yendo pero no por qué.

—Ya está en camino, pero sabes cómo ubicarla —dijo Donna, y colgó sin despedirse.

Esa noche Lincoln se quedó en la cama con los ojos fijos en el brillo de su teléfono, las fotos ya eran alrededor de sesenta. Practicaba en la oscuridad, intentaba explicarse ante varias de esas caras para luego darse por vencido. No se sentía solo, aún no. Alexis no había cerrado la puerta por completo, tenía tiempo.

En una esquina, más o menos al oeste del distrito teatral, Lincoln le habló a la pantalla de su teléfono. “Solo quiero decir...”, murmuró, y luego eliminó una imagen más reciente. El cielo estaba despejado, el sol le ardía en las mejillas y le hacía picar la piel bajo

los puños. Se sacó la camisa del pantalón y se arremangó con cuidado hasta arriba de los codos, como los obreros. Caminó hacia el sur a través de Chelsea y Greenwich Village, luego cruzó el SoHo bordeando Canal Street, hasta que eventualmente llegó a donde empezaba Manhattan Bridge. Quedaban dos fotos en su teléfono, las dos de esa mañana. Borró la que había salido movida. Ahora quedaba solo la última: la precisión de la mirada de esa joven, la decepción en su boca, las chispas de calor a los lados de su cara. Su mirada era peor que la de la mujer blanca frente a la escuela. Y habría otra mirada aun más dura, una que por el momento solo podía imaginar, que no olvidaría.

Lincoln estaba transpirado y cansado. El acero de la torre del puente, bajo la luz de la tarde, daba una sensación desagradable. Podría haber tomado un subte con aire acondicionado el resto del camino, pero decidió seguir adelante y caminar hasta Brooklyn bajo el sol.

Paró una vez, bien arriba sobre el agua, para borrar la foto de la mujer joven. Cuando lo hizo, se dio cuenta con cierta sorpresa de que no había sacado ninguna más, ni siquiera a su mujer. Apagó el teléfono y se quedó mirando la pantalla oscura hasta que sintió que era hora de volver a casa.

Le llevó un rato. Cuando llegó, Tameka estaba ahí. No la veía desde las vacaciones de invierno. Su pelo estaba distinto, trenzado y teñido de marrón en las puntas. Le recordaba a su madre aun más que antes. Ella le dio un abrazo fuerte.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

Lo había esperado en la estación de Port Authority y lo había llamado más de una vez. Cuando él no respondió sus preguntas, ella dio un paso atrás y dijo:

—¿Papi? Mírame. ¿Qué es lo que pasa?

Al principio Lincoln dijo que no era nada, absolutamente nada, pero ella siguió preguntando. Insistía una y otra vez, quería saber cuál era el problema. Finalmente, él miró a su hija a los ojos y se lo dijo. Describió cada detalle humillante de lo que le había pasado frente a su vieja escuela. Le dijo lo que pudo. Le dijo una mentira.

